



# Leontina Leyton

## Mi mamá pagaba obligación

Ya ni me acuerdo cuando nació, creo que fue en 1931 en Aguila Azul. Era un fundo bien grande, quedaba pasando Hospital.

Era mucha la gente que trabajaba; había un establo re grande con unas corridas muy largas donde cada señora ordeñaba las vacas. ¡Era una cosa tremenda ese trabajo!

A la mamá le daban leche y hacía queso. Le pagaban, pero era muy poco el sueldo. Le daban tierra. De eso me acuerdo bien: le daban media cuadra de tierra porque ella era la que pagaba la obligación<sup>14</sup>, no mi taitita, él era voluntario. Mi 'amita era la dueña de casa y la que pagaba la obligación y por eso ella tenía que ir siempre a sacar leche.

## Lluviera o no lluviera, sacaba leche dos veces al día

Tenían que ir a las pjaras, que le llamaban. Les daban unos suecos con unos palos así tan altos y cerrados. Porque ahí era puro barro no más. Al lado había un corral donde se encerraban los terneros. Tenía que ir cada mujer a buscar los terneros que le correspondían a sus vacas y llevarlos. Se enterraban hasta las rodillas en el barro; sacaban leche dos veces: a las tres de la mañana y a las tres de la tarde. Lluviera o no lluviera, nevava o no nevava igual tenían que hacerlo.

Una vez —dice mi 'amita— nevó que se caían los postes de la luz, y así tuvieron que sacar leche. ¡Tremendo! Siempre tenía que ir a sacar leche y cuando nos iba a tener a nosotros, le daban una semana y ahí tenía que ir otra vez ¡y nosotros fuimos doce!

Yo le preguntaba siempre, cuándo nos daba de mamar. Decía que nos daba de mamar en la noche y antes de ir a trabajar. Así nos crió. Fuimos buenos hijos porque cuando ella llegaba, ahí estábamos nosotros; la guagua tenía que mamar calladita, sabía que tenía que esperar hasta esa hora pues.

En Aguila Azul estábamos de allegaos.<sup>15</sup> A mi 'amita le dieron un ranchito en una casa. Ese ranchito era de carrizo,

no de totora como ahora. Creo que ya no debe existir el carrozo, es una cosa así de palitos, como una pajita. Ahí vivía mi 'amita en esa casa.

La señora donde vivían hacía pan amasado y mi 'amita ¡mire!, fuera de sacar leche tenía que ayudarle a hacer el pan por tenerlos ahí. Y ella lavaba ajeno más encima.

Un día, cuando se fue mi 'amita a la leche y ya le faltaba poco pa' terminar, ve que está to'o el ranchito en llamas. Uno de los hermanos mayores se había levantao y había sacao los fósforos y le había atracado fuego. Vino mi taitita corriendo y alcanzó a mi hermano menor que estaba guagüita, lo sacó cuando ya se le estaban cayendo las cosas quemás arriba. Así que quedaron a brazos cruzados, todo se les quemó, hasta la ropa ajena. Y de ahí la pobreza más grande, porque imagínese, quedaron en pelota.

Se salvaron todos los niños, eso fue lo mejor. Los sacó a toítos, si no se habrían quemado, la guagua sobre todo. Después de eso, se vinieron a Paine. ¡Si se quedaron sin nada!

Como le contaba, mi 'amita ganaba tierra en Aguila Azul —media cuadra de tierra—. Se sembraba maíz, porotos y papas. Los porotos y las papas eran pa' la casa; el maíz se vendía. Lo vendía el papá y para ese tiempo de las cosechas nos compraban zapatos nuevos. Esa era la única vez que nos compraban. Antes, siempre andábamos a pies pelaos. Se nos degollaban los de'os abajo con la tierra caliente y quedábamos coloriendo, se nos hacían unos tajos ¿no ve que se caldea la tierra? Así que pa' las cosechas nos compraban chalas.

Todo el resto del año pasábamos con lo que quedaba. De' que empezaba a salir de la tierra el poroto verde, el granado, el choclo, se sacaba. Los llevaban a todos a limpiar la tierra, los porotos. Cuando había que quebrar paiza, quebrar maíz, deshojarlo, desgranarlo— ¡y nada de cuestión de que se fuera a librar uno!— todos trabajaban, todos ayudaban. Porque ahora las cabras se avergüenzan de ir a trabajar. Si uno manda a una chiquilla a regar la chacra, le da vergüenza pu' y dice: "¡Claro, así que quiere que me vean regando! ¿Usted cree que yo soy hombre?" Pero nosotros teníamos que hacer las cosas no más, porque antes los papás eran harto más estrictos.

**Quedaron en pelota,  
en la pobreza más grande**

**Pa' las cosechas  
teníamos zapatos nuevos**

## **Fue el puro desparramo de correas**

Mi 'amita nunca nos pegaba, mi taitita era el guapo. Una vez ¡me dio una calda! Esa fue la última fleta que me dio. Yo tendría unos 12 años y me pegó con esas riendas que le pegan a los caballos. Así que quedó el puro desparramo de correas. Eso pasó porque yo tenía un hermano que hacía una camita con cañas, de esas que se hacen las escobas. Muy bonita la camita que los hizo, de rama de curahuilla; pero no teníamos ropa pa' la cama, ropa pa' la muñeca. Entonces, fui y le hice tira la faja a mi papá y de ahí le sacamos pedacitos pa' la cama y le hicimos abrigo a la muñeca ¿no ve que las fajas son largas? Nos salieron hartos pedacitos. Con mi hermana —que está muerta— vamos juntando los pedacitos y me acuerdo que como a las 12 llegó mi taitita y pide la faja: “Tráiganme la faja”, dijo. ¡Esta si que fue pa' buena! Yo se la llevé. Cuando ve mi taitita los pedacitos. . . agarra el chicote y me saca pero la mugre a chicotazos y a la otra no le pegó porque se dio al hilo, se arrancó. Esa vez no más y de ahí no me fletó nunca.

## **Ser pobre y andar con la frente en alto**

A mi taitita le gustaba el vino, pero era harto derecho pa' enseñarlos a nosotros. Decía: “No sean atrevidos, no roben, no hay que tomar, porque lo más lindo es ser pobre y andar siempre con la frente en alto, que no le anden señalando con el deo' por ahí”.

Mi taitita trabajaba al día. Se levantaba temprano, pero no como mi 'amita. A él lo mandaban a regar o al pasto, porque ahí tenían que tener siempre pasto pa' los animales o sembraban un maíz especial; esto también lo sembraban y lo picaban verde y eso le daban a las vacas. Ese era el trabajo de voluntario y por eso, recibía un sueldo. Por la casa trabajaba mi 'amita; mi taitita tenía sueldo al día: según lo que trabajaba, ganaba.

## **Nunca se oyó decir que los afuerinos fueran malos**

Me acuerdo, que llegaban afuerinos. Esa era gente que venía de otras partes, no se de 'onde. Gente pobre. Les daban por ahí una rancho o que durmieran en cualquier parte. A veces llegaban con familia, pero casi siempre solos, así no más. Es que los afuerinos siempre llegan solos, sin familia, pero de a poco se van afirmando en el fundo: trabajando ahí, ya les dan casa, les dan pieza y ahí llevan su familia. Era gente buena,

nunca se oyó decir que fueran gente mala. Allá toda la gente era buena, era gente de trabajo, trabajadora.

Los patrones también eran buenos porque pagaban lo que debían, le daban la tierra, esa que daban antes. Nunca se dio que no les pagaran lo que correspondiera. A mi 'amita le sirvió después. Le sirvió todos esos años de trabajo, le sirvió su libreta pa' la jubilación.

Mis papás estuvieron 15 años o más en Aguila Azul. Ahí nacieron una, dos, tres mujeres y hombres... el Juan, el Luis, el Negro, el Valentín que se murió y yo. Como le conté, Aguila Azul era grande por los vacunos, por las vacas pa' ordeñar que habían hartas.

Habían muchos cerros pa' echar los animales, muchas mujeres obligadas. Iban como dos mujeres por casa, sus 15 ordeñadoras, eran hartas porque no habían máquinas. Las obligadas eran puras lecheras no más.

Una tía era ordeñadora también, pagaba obligación. Ella era hermana de mi taitita y su marido era hermano de mi 'amita. Cuando no iba ella, iba su hija a sacar leche; siempre alguien pagando la obligación.

Después nos vinimos a San Miguel de Paine. Eso fue así: mi 'amita avisó que no va a trabajar más. Le dieron permiso unos días pa' que saliera a buscar trabajo. Salió y halló en San Miguel.

Antes, no había organización y los datos no se sabían, ellos tenían que salir a buscar trabajo por su cuenta, a dónde hallaran: fundo por fundo buscaban.

Así lo hacía la gente porque los echaban, porque los mayordomos a veces eran malos; hallaban que la gente era floja, que no entendía y por cualquier pretexto los echaban. Le decía al patrón y el patrón le creía al empleado y lo echaba no más, con todo. No tenía na' que ver con cosas.

En San Miguel el trabajo de la mamá era igual; pero más sacrificado porque tenía más vacas. Tenía que sacar los terneros de un corral y llevarlos a amamantar. Se metía al barro en el tiempo de invierno cuando tenía que sacar leche. Era

**Las obligadas  
eran puras lecheras**

**Los mayordomos eran malos  
y echaban a la gente**

**Las mujeres eran buenas  
pa' tirar la teta a las vacas**

más sacrificao, más jodio.

Allí habían como 500 animales, era un establo grande porque pa' llevarle el pasto a los animales se retiraba en un carro —de esos que andan los trenes y tienen una línea por el medio— y en esos carros iban repartiéndole; a un lado estaban las vacas y ahí le iban echando el pasto picadito con una máquina picadora.

Las mujeres se iban como a las dos de la mañana y eran buenas pa' tirar la teta a las vacas: métale ahí no más sacando. En esos años no habían máquinas; no como ahora que hay puras máquinas y ni una mujer en el establo que está todo pavimentaíto. Por ese trabajo mi 'amita se había enfermado de las piernas. ¡Imagínese!, tener una guagua y estar una semana y enseguida meterse al barro y después se lavaban las piernas con toda el agua helá.

### No teníamos ni pa' un caballo

Hartos trabajaban en el fundo San Miguel, porque yo me acuerdo que en el camino habían muchas cosas y el fundo era re' grande, llegaba por abajo, ¡Huuy!, eran potreros y potreros. Cuando le tocaba ir a mi taitita por allá, tenía que salir bien tempranito de la casa pa' llegar a la hora. Se tenía que ir a pie: no tenía animales mi 'amita. ¡Eramos tan pobres que no teníamos ni pa' un caballo! Así que tenía que andar todo el tiempo a pata no más.

El papá seguía mandao a regar, siempre se manejaba regando, no sé, parece que le gustaba o porque hay personas que saben los riegos. Entonces, siempre lo manejaban regando pa' dentro y después venía a sembrar la tierra que le daban a mi 'amita; él la arreglaba y sembraba con las chiquillas, con las que íbamos creciendo ya.

Así le ayudábamos a mi taitita: él araba la tierra, la rastriaba con rastra de clavos y después le pasaba una de tablas y nosotras nos subíamos arriba. Una tenía que subirse arriba porque así le daba más peso, para hacer tira los terrones. A veces nos caíamos pa' trás, nos caíamos de espardita. Cuando estaba rastriaíto hacía el surco y sembraba maíz. Nosotros le ayudábamos más a sembrar las papas, eso es más fácil.

### Mi 'amita se entendía con un mayordomo

Yo no me acuerdo de los patrones, porque más se entendían con el ministro<sup>16</sup>, con el mayordomo. Había minis-

tro y mayordomo, de las dos clases había ahí. El ministro es el que lleva más las cuentas y el mayordomo es el que sale a cuidar a los trabajadores. . . que no flojeen. Pero ellos no eran tan malos porque nunca escuché que le pegaran a nadie. Pasaba de a caballo por los establos vigilando a las mujeres, viendo los terneros. Si parece que había un mayordomo pa' los puros establos porque mi 'amita se entendía con uno y mi taitita con otro.

Donde mi 'amita hizo más queso y comíamos fue en San Miguel, porque cuando parían las vacas, el mayordomo le daba la leche. No ve que la dejan así una semana y le van sacando la leche hasta que se le va arreglando, entonces eso se lo dan a las personas que van a sacar leche. Mi 'amita la llevaba toda; llevaba unos baldes de leche pa' la casa y nos hacía queso, pero todo pa' la casa no más. A nosotras, no los dejaba mi 'amita que los metiéramos, le gustaba a ella, nosotras la mirábamos no más. A ella le gustaba dejarlo bien hechito: le ponía el agua caliente y bien aplastadito. Era ella no más la que trabajaba.

Ninguno de los hermanos pudimos estudiar. Fuimos doce por todos, pero se murieron tres chicos y quedamos nueve: uno se murió al nacer, otro que tenía como dos años murió de peste y el otro —una niñita— ya ni sé de qué murió.

Les hicimos velorios. Cantaban una canción de angelitos muy bonita. Les hacían unas varandas: se cruzan unas varitas atravesás y ahí ponen el cajoncito y de ahí uno se va de a pie al cementerio y va toda la gente detrás.

Eso eran los entierros que le hacían a los hermanitos. A uno lo trajeron en varandas de la casa a Paine y fue harta gente, tanto al velorio como al entierro; porque como campo, siempre la gente se une pa' esas cosas. Siempre se unen y va bastante gente acompañando.

¿Sabe? yo vine a conocer a los curas cuando hice la primera comunión: tenía 8 años. Hice la primera comunión y me confirmé. Yo nunca había visto un cura de esos como los obispos que se llaman.

Allá en Paine hay una casa de curas, donde estudian y ahí nos trajeron. Un curita los había confesado: ya conocía

**En el campo la gente se une pa' los velorios de angelitos**

**Un padre con un cucurucho arriba, "¡Huy, Dios mío el diablo!" grité**

a los curitas yo. Cuando llegamos a la iglesia, íbamos todos en fila y con un papelito en la mano las que íbamos a ser confirmadas. En eso, sale un padre enorme con un cucurucho arriba y vienen los otros curas chiquititos detrás. “¡Huy, Dios mío, el diablo!” grité. Me dio pero tanto susto que nunca se me ha olvidado. Escondí el papelito, porque dije: “¿Qué será esto Dios mío?”

Lo que es la ignorancia grande digo yo. Así, después, ya cuando pasó el padre ese con el cucurucho arriba haciendo una cruz en la frente, ahí me pidió el papelito, que yo no había entregado de puro susto.

### Ahora el diablo se esconde

En Aguila Azul contaban que salía el diablo y era verdad porque hay un Cristo en toda una esquina. Lo pusieron porque era mucho ya, pasaba el diablo por ese mismo camino donde tenía que ir la gente a sacar leche.

Antes —decía mi 'amita— que apenas hablaban del diablo y enseguida aparecía tanto de animal como de cualquier cosa. También la llorona, una mujer que lloraba y lloraba, pero no se la veía.

La llorona y el diablo eran las dos cosas que más existían en Aguila Azul. Mi 'amita decía que antes existía el diablo porque la gente era más inocente. No como ahora, que el diablo se esconde de uno porque la gente está más diabla que el mismo: lo hacen leso. El diablo queda ahora en vergüenza y dice: qué voy a aparecer si me hacen leso.

Pero antes, el diablo seguía no más, ya de perro, ya de otro animal. Me acuerdo que una vez en Paine, fui a ver a mi hermana mayor que estaba viviendo en el Escorial, más arriba del fundo. Andábamos jugando con unas cabritas y los gustaba mucho ponerlos los zapatos de los papás. Andábamos con unos zapatos grandes, cuando veímos un perro ¡pero tan grande como un ternero! Arrancamos y no supimos de los zapatos. Había una guagua más chica sentá al lado de unas matas de penca y qué, ¡pasamos por arriba de la guagua! ¡Qué susto grande! y esa vez tiene que haber sido el diablo, porque ¿cómo un perro tan grande y negrito y no hacía nada, nada, estaba parato no más mirándolos?

Ese Cristo de Aguila Azul lo puso el mismo patrón, hicieron misa y después también aparecía el diablo, pero a lo lejos, porque ya tenía que pasar detrás de ese Cristo. No como

antes que a veces iban andando y se le aparecía en el mismo camino. Después, ya tenía un poco más de respeto el cachúo, ya no se atracaba tanto a la gente.

Mi 'amita era religiosa. No iba a la iglesia, pero nos enseñaba a rezar. A ella le había enseñado su papá, porque mi 'amita quedó sin mamá chiquitita. Se crió con el abuelito no más. Y de la edad de 8 años empezó a hacer las cosas.

Ella lavaba y hacía todas las cosas; trabajó desde chiquichicha, por eso fue tan trabajadora. Yo conocí al abuelito, era chiquitito el abuelito Cipriano. También era agricultor, vivía en un fundo; yo me creo que tiene que haber sido obligao'. Vivía en el fundo El Arrayán que viene quedando por ahí cerca de Aguila Azul.

Mi 'amita se casó de 16 años; era jovencita, pololeaba a escondidas. Antes —decía ella— pa' pololiar se pololiaba así; mirarse no más y piedrecitas. Se tiraban piedras, entonces eso quería decir que le gustaba. Cuando mi 'amita le largaba piedrecitas a mi taitita, quería decir que estaba bien porque mi 'amita lo quería. Así que a puras piedras se pololiaba. No como ahora, porque ya se conversa, se le da permiso y todo a las chiquillas. Antes, iban a hablar con los papás cuando se iban a casar. Ahí se le pedía permiso y ya tenía que cumplirlo porque era muy estricto el abuelito. ¡Puf! era chiquitito; pero era muy re' guapo.

Mi 'amita tenía dos hermanos hombres y ella era la mujer no más pues. Cuando se casó con mi papá se fueron a Aguila Azul y el abuelito se quedó solo, porque los otros mayores ya se habían ido. Después, el abuelito se fue a vivir con uno de sus hijos en el mismo fundo El Arrayán.

De San Miguel los trasladamos a un fundo chiquitito: Santa Julia. Eso está pa' l otro lado de Viluco, hacia arriba. Ahí le tocaba el riego a mi taitita. Habían pocas vaquitas y una señora no más sacaba la leche, mi 'amita no trabajó en eso.

Se sembraba maíz también, lo picaban porque tenían un silo bien grande. Picaban el maíz y las cañas verdecitas y lo van echando y tienen guardado un alimento pa' las vacas. A eso se dedicaba mi taitita y regaba potreros.

Ahí pagaba obligación mi taitita, nos daban la casa.

**Mi 'amita trabajó desde chiquichicha**

**Las mujeres trabajábamos pa' la pura cosecha**

Le daban tierra también y la cultivaban los hermanos: el Hernán, el Juan, el Luis, el Negro, esos eran. Estaban grandes ya, estaban hombres. Ellos cultivaban y mi taitita se dedicaba a trabajar en el fundo.

Mi 'amita se quedaba en la casa: hacía la comía, el lavao y cuidaba a las chicas. Estábamos mejor porque como estábamos más grande había ayuda de mis hermanos. Después los hermanos se iban independizando, iban ayudando. Se quedaban en el mismo fundo siempre y empezaban a trabajar con sueldo de los 14 ó 15 años. Pero las mujeres no trabajábamos en Santa Julia, porque ahí no había trabajo pa' mujeres.

En Santa Julia estuvimos un año. Vivíamos en una casa que era la última pa' l fundo, al lado de un tranque.

Nosotros no salíamos nunca pa' fuera, no más que cuando había que ir al almacén a comprar. Salíamos a veces, cada 15 días, a buscar las cosas y volver pa' entro solos. Siempre salíamos de a dos, no ve que era un camino solo.

Fue una vida tranquila ahí, porque empezando, no trabajábamos. Eran los puros hombres que trabajaban. Una sola vez trabajamos: fue pa' la cosecha. Nos llevaron a todas a cortar porotos, a quebrar maíz en la media cuadra que nos daban. Nosotras teníamos que recoger todos los porotitos que se caían pa' fuera, porque la paja la ponen en redondo y la trillan con caballos y recogiendo todas. . . Nos ponían a trabajar a todas las mujeres.

**¡Todo el día agachá,  
meta cortar y gameliar!**

Después, los vinimos a Viluco.

Ese es un fundo grande, hay viña. Tiene así pa' dentro, donde pasa la línea del tren y también pa' l otro lado un pedazo. No es chico y habían más o menos 20 casas. Lo que más producía era viña. Tenía ahí mismo las soleras y ahí en el fundo hacían el vino.

Nosotros vivíamos en la última casa pa' dentro del fundo al lado de la viña. Ahí ya los fuimos a trabajar en la amarra, desbrotar o cortar la uva. Hasta abrir melgas: ese es un trabajo pesado que tiene la viña. Le pasa un arao' y queda la melga, entonces, pasa por aquí el arao' y ahí va quedando una cachá de tierra: tiene que ir sacando toda esa tierra, dejando una sequicita. Eso es pesao pero hay que hacerlo con una pala o azadón. Eso hacíamos nosotros.

Yo tenía 13 años. Eso se pagaba por melgas. Nosotras ayudábamos al Luis —mi hermano— pa' que ganara más. Ahí, siempre nos mantuvieron trabajando pa' la corta de uvas. Unos pocos a cortar y unos acarriaban: llenaban cajones y eso se lo ponían en la cabeza, dos o tres cajones en la cabeza. ¡Todo el día agachá, meta cortar y gameliar!

Mientras más gamela<sup>17</sup> saca, más gana. Entonces, nosotros le hacíamos puro empeño no más: ¡Póngale ahí!. Todo el día trabajando pa' poder ganar. Y trabajábamos porque esa era la única temporada en que se podía hacer un poco de plata. La temporada empieza en marzo, a veces dura hasta abril, mitad de abril o sea un mes y medio. La gamela la pagaban a \$ 5: el que era más bueno pa' cortar ganaba más.

De todas las casas trabajaban las mujeres, yo creo que más de dos mujeres por casa, porque iba la mamá, la hija y también el marido. Los trabajos eran harto pesaos y sucios porque una sale toda mugrienta en la tarde. No ve que la uva se hace tira, a veces se llueve y se pudre y hay que cortarla toda igual no más. Así que el trabajo en la vendimia es harto pesao y hay que hacerlo pa' que el hermano gane más.

En las vendimias trabajaban pocas gentes de afuera; como el fundo era grande, la gente era la de ahí no más. Como le cuento, de cada casa iban sus tres o cuatro hijos bueno pa' la corta —hombres ya— y fuera de las mujeres también iba el marío'.

Mi 'amita no fue a las vendimias, los llevaban a nosotros y mi taitita era el que iba encabezando las vendimias. No nos daban comida, así que cada uno iba a almorzar a su casa o algunos llevaban comida. Ese fundo era de los que no daban comida, yo conocí otros fundos donde daban la comida. Por acá por Macul, le daban porotos, la comía' estaba hecha pa' la hora de doce: le daban su ración, lo único que había que ir a retirar era la galleta en la tarde.

La galleta era buena, pero los sueldos no, eran mal pagados porque como era harta viña e iba harta gente, entonces el viejo se hacía de rogar pues. Total, si uno no quería trabajar por el precio, iba y ponían otro. No era na' bueno.

En Viluco había trabajo todo el año: primero la amarra en seco, la desbrota; después venía la otra amarra, en verde; después venía la vendimia. En enero la desbrota, de ahí

**Había trabajo todo el año**

la amarra en verde. En marzo la corta de uva; y ahí viene la poda —en eso trabajan los hombres—. Después, la recogida de sarmiento y luego, la amarra en seco. Después, se descansa y se empieza de nuevo: se descansa como tres meses.

Esto era como el año 50 y tantos, hace como 28 años más o menos. En ese tiempo nació el Beño, el hermano menor, la guagua. Mi 'amita no iba a trabajar al campo, se quedaba en la casa haciendo el almuerzo; porque cuando era tiempo de trillas, había que mandar la comía o tener el almuerzo listo: llegábamos a comer apuraítos y salir a trabajar otra vez. Así que se tenía que quedar en la casa no más. Ella no hacía pan porque comíamos las galletas que nos daban en el fundo. Si se llegaba a comprar pan, era muy poquito.

### Los días de lluvia: parchar y parchar

Las hermanas mayores, aprendieron dos a tejer. Mi 'amita nos hacía siempre ella la ropa, tenía una máquina de mano y con eso cosía, una máquina que le había regalado el agüelito.

En invierno, cuando llovía o no era tiempo todavía de ir al campo, las que sabían tejer, tejían o costureaban, parchando. Eso se usaba mucho antes: el parche. Lo que más usábamos nosotros era el parche. Así que en tiempo de invierno se iban juntando todas las cositas rotas que habían y vamos parchando y así eran todos los días de lluvia: parchar y parchar. En eso se aprovechaba el tiempo.

La ropa pasaba de un hermano a otro. Lo que quedaba chico ya, pa' l otro más chico y así hasta que ya no se pudiera poner más. En eso no tuvimos problemas porque ninguno fue que quisiera tirar pa' el solo. Todo el tiempo fue así, unidos en la casa.

### Cuando chicos, todos igual

Nos criamos unidos porque así nos enseñaron en la casa. Si había algo pa' comer: pa' todos igual. Eso era lo que tenía mi taitita: hay un pan, de ese comimos todos, a todos nos daba un pedacito. Ahora que estamos más viejos estamos un poco desunidos los hermanos: pero todavía quedamos algunos unidos.

Con los padres, los hermanos andaban bien, eran respetuosos, nada de atrevimientos. Pobre del que fuera atrevido, lo hacían humiar a palos.

El trabajo era pa' todos igual, hombres y mujeres. Si uno jugaba, jugábamos todos por igual, ya fuera el juego de la payaya o el arroz con leche. Na' de aparte porque eran hombres o porque fueran a ser cosas de hombre. Cuando ellos fueron hombres ¡claro!, salían a jugar a la pelota, esas cosas: pero cuando chicos, todos igual.

La mamá no mandaba a los hombres a hacer las camas, ahí sí que no: pa' eso estaban las mujeres. Pa' eso estaba la mujer: pa' hacer las cosas de la casa. El hombre se iba pa' la chacra. No me acuerdo yo de un hermano haciendo su cama ¡no!

Pero a nosotras no nos daba rabia que nos mandaran, no rezongábamos. Nos mandaba mi 'amita y lo hacíamos no más. Ahora no, es que hay tanta entretención y si uno los manda a hacer algo, no hayan las horas de venir a ver tele o qué se yo. Nosotros ni radio teníamos, así que era como una entretención hacer las cosas de la casa.

Los hermanos mandaban a las hermanas, los más grandes. Mi hermano el mayor quería que lo tratáramos como hermano mayor. No le gustaba que le dijeran "vos" sino "usted" y como era el hermano mayor teníamos que hacerle juicio. Los otros no; pero él era así, él quería como mandar ¿ve? A veces nos pegaba, eso sí que yo no le aguantaba:

—No, yo no te digo usted ¡te digo vos no más!.

—No, porque tiene que decirme usted: yo soy su hermano mayor y la mando —me contestaba.

El papá y la mamá no decían nada, porque siempre decían que había que respetarlo. Cuando no estaba mi taitita, él quedaba de dueño de casa y ahí había que decirle usted, porque se creía papá.

Los mayordomos a veces andaban bien allá en Viluco: se conversaba, se trataba bien; pero había días que no. Lo trataban como trabajador, como pobre, con diferencias.

Con las hijas de ellos no los juntábamos, porque las hijas como que eran más, se creían. Bueno, eran más señoritas, andaban más ordenaditas, más bien vestidas. Entonces, ya eran

**La mujer estaba  
pa' las cosas de la casa**

**El hermano mayor manda**

**Lo tratatan como  
trabajador, como pobre**

otra cosa y nosotras como éramos pobres: nos miraban mal. Conversábamos así de pasadita a veces, pero de ser amigas no.

Siempre fueron así, medias creídas. Bueno, como el papá de ellas ya no era un trabajador como el de uno, tenía un puesto más alto —eso pensarían ellas— ganaban más plata y andaban mejor. Tenían casa mejor arreglá', más muebles y todo.

Las casas de nosotros no eran muy chicas, tenían dos dormitorios, comedor, un cuarto y cocina. Eran de adobe, todas las casas eran de adobe. Yo me acuerdo que los poníamos a jugar detrás de las puertas y hacíamos hoyos en el adobe y ahí sacábamos el azúcar, de los adobes. Eso lo empezamos a vender: teníamos almacén ¡claro! nos creíamos dueños de almacén. Entonces, la otra más chica era la que venía a comprar. Esos eran los juegos que teníamos.

Antes parece que se jugaba más que ahora. Ahora las cabras: la tele y la radio, no juegan juegos sanos. Cuando yo era chica, habían mujeres hechas y derechas que jugaban con nosotros a la Niña María, a la ronda.

Como a los 11 años todavía jugábamos con muñecas de trapo no más, nosotras mismas las hacíamos. Juntábamos trapitos, los doblábamos y ya: esta es la boquita, la nariz, los ojitos. Como éramos tantos no nos compraban juguetes. Una vez eso sí, me acuerdo que pasó un camión pa' la Pascua repartiendo juguetes. Pero nosotros lo único que tocamos fue una lauchita; le tirábamos así y salía corriendo la lauchita, arrancando. No me acuerdo quién pudo haber mandando ese camión, tiene que haber sido del gobierno, porque yo me creo que siempre habrá habido Municipalidad. Eso lo daban por familia, pero parece que alguien cobró lo de nosotros, así que una pura lauchita no más nos dieron.

## Conocí a mi viejo en Viluco

Yo tenía 14 años cuando conocí a mi marido. A mi viejo lo conocí en Viluco, él trabajaba ahí. Yo en ese tiempo iba a la escuela —fui dos años no más y aprendí algo las letras, puedo leer, pero no escribir— ese era el último año que iría. El viejo vivía como en la mitad del camino, pa' dentro de un limonal y nosotros al fondo en un camino largo.

Cada vez que iba a la escuela, cuando salía en la tarde, el viejo me estaba esperando a la pasadita parado en el portón. Todo eso se hacía a escondía' porque mi taitita era muy

delicao’.

Una vez nos pilló; se vino por dentro a caballo, por el camino de la viña y ¡huy! nos pilló en el camino. El viejo estaba afirmado en la puerta de fierro: “¡Pa’ la casa! A la vuelta vamos a hablar”, me dijo bien enojao’.

Yo siempre salía con mi hermana, con la Margara —esa que se murió— y ella se enojaba cuando me ponía a conversar con el viejo pu’. En la tarde llegó mi taitita medio curaón. “Ya. ¡Qué pasa aquí!”, dijo. Yo callaita, qué le iba a decir pu’. “No, si me estaba ayudando a sujetar el huacho”, le dije yo. La Margara se puso a hablar; pero como mi taitita estaba curao se le olvidó pu’, se quedó callao. Más fue el susto.

Después de eso, seguimos conversando con el viejo. Con el tiempo, fue mi viejo a pedirle permiso a mi taitita. El era más hombre, me lleva 8 años, él sabía las cosas pu’. Me dijo: “Voy a hablar con tu papá”. Yo le conté a mi ’amita que ese día iba a ir a hablar el viejo; pero mi taitita se fue pa’ otro lao y no lo esperó.

Al otro día, volvió a ir el viejo. Había vuelto a salir mi taitita, así que se fue a buscarlo donde estaba y por allá hablaron. Hasta hoy día no sé qué es lo que le dijo. Sí supe que me había dado permiso, pero bajo la responsabilidad de él: que él tenía que ser responsable de todo lo que me pasara. Ese día, yo andaba corriendo igual que una cabra, porque de 14 años uno es cabra todavía. Y me retó mi taitita: “¡Ya! Se tiene que portar como una señorita, ahora ya no es una cabra: es una mujer. Yo dije: ¡tate! está enojado. Así que ya no anduve más corriendo. Pololeamos como 5 años con el viejo, porque me vine a casar como a los 18 más o menos.

Yo me casé totalmente ignorante, na’ se sabía en ese tiempo. Si cuando me vino la regla no tenía ni idea: estaba trabajando en la viña y de puro susto no le dije na’ a mi ’amita. Después, me fui fijando en las ropas de las otras hermanas y ahí me fui dando cuenta. No le pregunté a nadie. Si nosotras estábamos guatonas, viejas y todavía creíamos pu’ oiga. . . si eso es la ignorancia más grande ¡cómo no decir. . . no darlos cuenta!

Cuando tuve mi primer hijo no tenía idea cuando

**Ahora se tiene que portar  
como una señorita,  
ahora es mujer**

**Estábamos guatonas, viejas  
y no nos dábamos cuenta**

iba a nacer la guagua. Si no hubiera sido por una vecina se me hubiera muerto. Me venían los dolores y yo me sentaba en la cama, me sentaba y me pasaba. Yo tenía tomada la guata con las manos, estaba mirando por la ventana y salió la vecina de al lao. Quién sabe qué cara tendría porque me dijo:

—¿Está enferma señora Lionta?

—Sí

—¿A dónde le duele?

—Me duele aquí, me duele acá —le dije.

—¡Ah! entonces va a tener la guagua. Voy al tiro a llamar a don Juan.

Así que partió pa' dentro a llamar al viejo y él fue a buscar a la matrona. Me mejoré en la misma casa. Yo no tenía idea que iba a tener la guagua, que iba a nacer la guagua, que podían ser así los dolores, ninguna cosa.

### **Al viejo lo manejaba a puros tratos**

Nos vinimos a vivir a Lo Ermita y desde entonces que estamos aquí. De Viluco, el viejo se vino a trabajar a Cale-ra de Tango; se quedó sin trabajo y se vino acá. El viejo cono-cía al administrador y él le dio trabajo, le dio una pieza. Era bien bueno ese administrador, al viejo lo manejaba a puros tratos no más.

Después me vine yo, aquí los vinimos a vivir los dos juntos. Estamos 25 años viviendo juntos.

Antes el fundo era más bueno, porque no teníamos este cierre, las casas eran toas abiertas. Usted podía llegar y entrar, ir pa' dentro, pa' l cerro, ir a buscar leña o frutas: no se enojaba el administrador. Duró como dos años no más. Había lechería también, con pocas vacas. Una señora sacaba leche y yo iba todas las tardes a tomar leche al pie de la vaca.

Cuando llegó este otro viejo ¡uf! Ya empezó de a poco a poner cierre a las casas, a poner puertas pa' allá, puertas y todo con llave, a quitar la ración.

### **En estos veinticuatro años he sido voluntaria**

Yo trabajo en las almendras desde que estoy aquí. . . veinticuatro años. No he tenido obligación. Mi viejo sí, es obligao' porque trabaja pa' la casa. Yo no, porque trabajo de voluntaria; si yo quiero voy, si no, no. Pero igual hay que trabajar, porque son los únicos trabajos. Trabajo temporal de vo-luntaria, con sueldo no más. Nunca he tenido garantías, ni una

cosa. El sueldo que uno se gana: si se apura gana, si no, no gana na'.

Una vez, yo le pedí aumento al gringo. No quería aumentarlo y yo le alegué porque no nos dan ni una garantía ni tenemos Libreta. Ahí aumentó un poco el gringo, por esa vez, porque se dio a la razón; pero cuando él no se da a la razón, ahí andamos mal ¿ve? Ganamos poco y a ellos se les pone una cosa de pagar tanto y pagan eso no más.

En todos estos años hemos tenido el mismo patrón. Ahora, murió el viejo. Hace como 3 años que murió y quedó el nuevo. El patrón viejo era mejor que el nuevo. Hablé varias veces con el patrón viejo, era doctor y nos ayudaba cuando los niños estaban enfermos.

Mi viejo me cuenta lo que discuten en el Sindicato. Viejo el Sindicato ya, de muchos años. Pero nosotras no vamos a las asambleas: cuestión de hombres, de ellos que trabajan todo el año pa' l fundo.<sup>18</sup> Nosotras alegamos solas pa' que nos aumenten en el pago de las almendras, que por el agua, alegamos solas no más. Ahora que ya tenemos un grupo de mujeres reunías, debíamos exigirles a los hombres de ir a las asambleas; pero de usarse, no se usa. Yo voy con el viejo al curso de alfabetización a la Escuela, pero de ir al Sindicato no.

**A las asambleas del Sindicato van los hombres**

Aquí hay un convenio y cuantos años ya y nunca han respetado. Ni el convenio ni la Asignación Familiar. La vienen a dar cuando ellos quieren, el pago igual.

El convenio lo hicieron por 10 años parece y van quedando dos. Lo hicieron cuando se tomó el fundo. Este lo tuvieron tomao' como seis meses y llegó que lo tuvieron que devolver al patrón y ahí hicieron un convenio: una participación de toda la fruta que se venda. A fin de año tiene que dar el 100/o y eso es lo que no se ha cumplido nunca.

Hay algunos del Sindicato que alegan, otros están ahí y que otros le hagan el trabajo. Yo me creo oiga, que antes peliaban más. Ya opinaban más y qué se yo. Ahora yo me creo que es miedo, eso es lo que tiene la gente, miedo de hablar. Creen que porque defiende un derecho es algo malo lo que están haciendo. Entonces no pu'. Por eso yo me creo que no pelean. Y se van hundiendo más, porque no se sale ese miedo.

**Los patrones no respetan las leyes**

## Tantas mujeres organizá y tanta cosa

Antes no se veían estos Centros de Madre, no se veían organizaciones como hay ahora. Tantas mujeres organizás y tanta cosa. Antes trabajo no más, no había reclamo, na'. Yo me creo que por eso mismo se pagaba mal, más mal todavía pues, porque la gente no tenía derecho a reclamar. Sola ¿qué iba a hacer? Le pagaban lo que querían como había tanta necesidad, tenían que quedarse a trabajar por lo que ellos querían.

La mujer ha cambiado. Yo misma he aprendido, porque antes, cuando yo hablaba, no sabía y todavía me cuesta un poco. A mí me gusta ir a reuniones, aunque a veces no hablo na'. Me han convidado y he ido; me gusta escuchar, porque una no sabe las cosas, pero escuchando las aprende.

Las señoras acostumbrás' a asistir a reuniones, saben bien la cuestión y hablan. Yo fui a Padre Hurtado a una reunión de las mujeres. A mí me metieron en las campesinas. Hablaban, hablaban y me dijeron: "Usted no está hablando na' ". Y me preguntaron. Hablé del trabajo temporal y del convenio. Entonces, me dijeron que tenía que seguir asistiendo pa' que vaya hablando. Ya después se va aprendiendo. Claro que a uno le da plomo, porque uno no sabe ni cómo empezar ni cómo decir las cosas, porque en el campo uno no está acostumbrá' a eso pu'.

Aprender es bonito, da gusto ver a la mujer hablando. Yo me hallo muy ignorante, así que me gusta ir siempre que me conviden a una reunión.

## El trabajo de la temporada: las almendras y las uvas

Bueno, le voy a contar cómo es mi trabajo: la temporada empieza en febrero y termina en marzo. A lo que termina la almendra se va a la uva. Corto en canasto, porque con la gamela no. . . uno se tiene que agachar más abajo. En cambio con un canasto yo lo agarro de un aro y ya. Pero también es trabajo sacrificao, porque hay que andar todo el día agachá.

En las almendras he trabajado hartó; nos levantamos a las seis y media de la mañana. Antes tenía que dejar el almuerzo listo y nos íbamos a las ocho de la mañana; nos iban a dejar en coioso al cerro. Llevábamos canastos y un saco. A las doce teníamos que tirar a pie de arriba pa' bajo y a la una y media partir otra vez. En la tarde nos iba a buscar el coloso, porque traían las almendras ya pelás y había que pesarlas pa' saber cuántas habían, cuántos kilos uno sacaba.

En ese tiempo, cuando empecé en este trabajo, tenía dos niños; los llevaba pa' rriba, andaba con ellos. Todas las mujeres llevábamos a los niños, los dejábamos a la sombrita y nosotras salíamos a recoger un poco y ya los veníamos a la sombra a verlos. Eramos sus diez, doce mujeres y la mayoría casás.

Los hombres apaleaban las almendras, porque ese es un trabajo más pesado. ¡Métale palos! siempre ha sido pa' hombres la apaliadura. Nosotras íbamos a descascarar y las traíamos descascaraítas pa' bajo. . . a pesarlas.

Ibamos al mismo cerro a descascarar. Lo malo es que se partían los dedos; este es el dedo que sufre más: el grande... se parte, se adelgaza.

Yo me hacía doce, veinticuatro kilos, a veces. Y no sé cómo las pagaban. Tienen que haber pagao harto poco, en esos años pagaban poco. Ese trabajo duraba más de un mes. Ahora, está durando más del mes. . . no ve que ahora hay mucha gente y hay más plantación de almendros.

En las temporadas trabajan 25 personas, los mesones se llenan por los dos laos. Se hacen a lo menos sus 50 cajas diarias entre todos, no ve que ahora pagan por cajón pues.

Yo trabajé hasta el año pasado, pero este año va a ser difícil por las piernas. Las niñas sí que van a trabajar. Ahí podrán decir: me voy a comprar cositas con la plata. El año pasado juntamos plata, toda la plata de las almendras y nos compramos una lavadora. Nos pagaron cuando terminó toda la almendra y nosotras dejamos toda la plata ahí, no nos gastamos el supe, pa' poder juntar y así sacamos, vinimos sacando \$ 12.000.

Sacamos como 300 cajones. Al día sacábamos como 20, 12, 18 depende. Sacábamos hasta que la hora durara: si más tarde, hasta más tarde sacábamos. Pero ¡qué trabajar más duro por Dios! Toda la mañana ahí ¡métale descascarando sin parar! ¡Métale, métale no más! Con la cabeza agachá. . . las cáscaras duras y pará y sin pensar ¡métale! Si uno se pone a mirar pa' otro lao no le cunde na' pues: tiene que estar mirando su trabajo no más.

Yo creo —y les estaba diciendo la otra vez a las cabras que eso mismo, tantos años en ese cemento duro y pará, se siente como un hielo abajo ¿ve? Aunque haga calor uno siente como hielo en las piernas. Eso me debe haber jodido las

**Toda la mañana  
descascarando,  
descascarando sin parar**

piernas.

Les dije:

¡“Vamos a reclamar!”

Ese patrón nuevo no es bueno; es más cortante ese jutre, porque se va a lo que dice la administración, no toma decisiones él solo.

El otro día fui a reclamar el agua. Estaba don Luis, el gringo y el patrón. Le dije al patrón: “¿Por qué no nos dan el agua pa’ las casas como nos estaban dando el otro día? ¿Por qué ahora nos dan el agua por allá lejos, por el coloso?”

No me hicieron caso, entonces fui donde la señora Edith; convidamos a la comadre Chela y a varias más y dije yo: “¡Vamos a reclamar, vamos no más! Porque no puede ser esto que vamos a andar con los tarros colgando.”

Justo estaba el patrón y el administrador en el auto conversando y llegamos de atrás nosotras:

—¿Qué pasó con el agua ahora, que no nos dieron agua? —les preguntamos.

El administrador saltó al tiro:

—Sale mucha plata. ¡Nos están colmando! Están gastando cinco horas extras de agua, así que van a tener que ir a buscarla a otra parte.

—¡Puchas! esto no puede ser —le dije— si uno está enferma de las piernas ¿Cómo va a andar con los tarros colgando? Con lo que ahorre pague las horas extras del agua ¡Páguenos las horas extras!

—No, no se puede pagar —dijo don Luis— porque no hay plata.

—Bueno, que se pare el coloso, unas dos paradas que haga, pa’ que les dé agua —habló el patrón.

Así que en eso quedamos; el coloso se para por allí a la entrada y después se va a parar por allá arriba. Pero igual está bien incómodo ¡Claro! ayer, cuando pasó estaba sola. Tuve que dejar agua en el puro bidón porque ¿cómo iba a ir? ¿quién me ayudaba? Entonces, pucha que es complicao, hasta pa’ eso tenemos problemas ahora.

Al viejo no le gusta que los hombres hagan cosas de mujeres

A mis niños los he educado lo mejor que he podido. A mí me gusta que los chiquillos hagan las cosas: las camas cuando están chicos, que boten su bacenica. A pesar que a mi viejo no le gusta que los hombres hagan cosas de mujeres; pero a mí me gusta que los hombres aprendan. Eso les sirve cuando

están más grandes, cuando queden solos; por eso, les he enseñado a hacer un poco de comida. Claro que han agarrado bien poco, en cuestiones de comida no les gusta.

Yo les digo: no vaya a ser cosa que después se casan y tienen a la mujer enferma y no saben hacer una cuchará de comía o cuidar a sus hijos. Todas esas cosas deben saber hacerlas: mudar los hijos, hacer la mamadera.

A mí me ha pasado con mi viejo, cuando yo tenía los primeros chicos. Una vez, salió mi viejo a ayudar a sembrar a otro parcelero de aquí al lado y estuvo todo el día afuera. Yo caí en la cama: no era capaz de hacer un agua caliente para el pobre cabro chico. Sí, llegó y me vio botada ahí, estiraíta en la cama y lo único que sabía hacer es té. Entonces no pues. Por eso les digo a los míos que tiene que aprender de todo.

Hará unos 10 años que no me meto en el Centro de Madres. Antes sí que fui: hacíamos tejidos, las que sabíamos tejer enseñábamos a las que no sabían, hacíamos onces e íbamos a comprar a CEMA. Comprábamos y les dábamos un crédito a las demás socias. Cuando terminaban de pagar, íbamos de nuevo a comprar y seguíamos trabajando.

En esos años era conveniente, cundía hartito el Centro de Madres porque venían mucho más barato que afuera las cosas. La lana, los zapatos, géneros. Ahora no, está mala la cuestión. Antes, se deshacía el centro, duraba un par de años, después lo volvíamos a armar otra vez y salíamos adelante.

Se conversaba de cuántos problemas; a veces, hasta uno les ayudaba a solucionar. Porque si uno vive sola no sabe lo que pasa en otra casa; reuniéndose u conversando se saben los problemas y se pueden ayudar más. Las mujeres aislás se enferman de los nervios. No ve que no tienen ninguna distracción, no tienen con quien conversar, contar sus cosas. Porque sea como sea: uno a veces necesita conversar sus cosas y si vive sola ¿a quién le va a contar, quién le va a ayudar? Nadie pues.

Yo nunca he tenido problemas en las organizaciones, me gusta. Siempre me ha gustao andar metida. . . me gustan las reuniones. Yo no sé hablar muy bien, pero escucho.

Una vez hubo un problema: fue cuando cambiaron

**Las mujeres aislás  
se enferman de los nervios**

**Las jutrás están  
acostumbradas a mandar**

el Centro de Madres del colegio pa' fuera. Eso pasó el 74. Lo cambiaron muchas metías ¡jutras!. Era un Centro bonito que se hizo con 60 personas, pero ¿qué pasó? Salieron puras directivas, puras gente de plata. Entonces, ahí sí que pa' mí fue mal.

Después, nos vinieron a hacer un curso de fardas. Las jutras llamaban a las señoritas pa' que fueran a verlas a ellas no más. Entonces, uno estaba aislada y yo dije: no, esto no puede ser.

Esas personas venían de afuera, de las parcelas de Santa Juan de Arco ¡ricachas! No pues, no pueden. Es que esa gente está acostumbrada a mandar. Total que no duró na' el Centro pu'; se fue abajo enseguida, se fueron saliendo poquito a poco, hasta que se deshizo todo y vaya a saber uno quién se quedó con los fondos.

Las que nos quitaron el Centro eran las puras jutras. . . Nos acusaron de comunistas ¡que éramos comunistas! Qué comunistas si lo que hablábamos era de dueñas de casa, pues oiga. ¡Qué sabíamos de política nosotras! A mí especialmente me acusaron en San Bernardo —como yo era la presidenta— fueron a la Gobernación a acusarme y ahí nos quitaron los libros.

Nosotras teníamos un fondo; fuimos y lo entregamos ¡No debíamos haberlo entregado, debíamos haberlo repartido! Pero como veíamos confiá que la cosa iba a ir bien, nos jodimos. A veces me dan ganas de organizar un Centro, pero después digo: ¡eh! estar cabriando más.

La Reforma Agraria, que viene siendo esa tierra que le daban a los campesinos, en una parte estuvo buena y en otra no. Porque hay gente que le dieron tierra y no sabe arar. Deberían haberle dado a los que sabían trabajar la tierra.

Mire, aquí mismo ese caballero sabe no más andar arriba del tractor: le dieron parcela y ahí la tiene botá'. Eso es injusticia pues. Aquí tocaron tierra dos trabajadores y dos empleados. El trabajador tiene mejor trabajá la tierra. Es solito el Juan Soto: la siembra, la riega, tiene limpiecito. Ese sabe aprovechar la tierra, los otros no.

Antes los parceleros eran gente muy buena: que si ellos tenían un pedazo sembrado y querían vender, a uno le vendían y le daban un poco. Pero ¿qué pasó? Les dieron parce-

**Los parceleros  
ya no la miran como amiga**

la ¡se acabó!. Ahora ya no la tratan a uno como amiga, sino con más diferencia. Eso no debiera ser, total ellos son igual a uno no más. Se ponen creídos por tener una parcela. Parece que cuando la gente tiene tierra, cambia mucho. “Ricos - pobres”, les digo yo.

Antes, en lo económico no estábamos na' bien, de todos los fundos en que trabajábamos era malo. Ahora, ya va cambiando. Mire, porque empezando ¿cuándo habíamos tenido un frigider, una tele? ¡Nunca! No teníamos lo que era una radio antes. Ahora, eso ya lo tenemos.

Con harto sacrificio tenemos cosas porque todo se sacaba a letras y costaba mucho trabajo pa' juntar la plata. Yo me acuerdo: compramos la tele y estuvimos una semana comiendo bien malito pa' poder comprar la tele a los chiquillos.

Ellos salían a otra casa a ver la tele y a veces los echaban pa' fuera, les cerraban la puerta y ahí andaban en la calle. Entonces, el viejo dijo un día: “Vamos a dejar toa esa plata —en esos tiempos estaban abriendo la viña— y vamos a comprarle una tele a los cabros”. Así que esa semana lo pasamos más o menos, porque dejamos bien poquito pa' la casa. Pero les compramos una tele y ya tuvieron ellos donde estar, en la casa y no andar molestando en otras partes.

Pero el año que estuvimos mejor en lo económico fue en el 72. Teníamos harto pa' comer aquí, nunca nos faltó. Yo manejaba mercaderías, comprábamos la harina Selecta por cajas. Ahora no vemos lo que es un gramo de harina. No había carestía. Teníamos una JAP<sup>19</sup> donde los conseguíamos las cosas.

Yo he nacido y me he criado en el campo, estoy acostumbrada a esta tranquilidad. Cuando voy a Santiago me duele la cabeza, me vengo al tiro, hay mucha bulla de vehículos. Y la gente esa que vive toa juntita en las poblaciones, esa gente, yo hallo que debe vivir harto oprimida, no tienen ni una sombra. Esa gente es muy pobre, digo yo.

Pero claro, tienen un trabajo más alivao, porque ya se mete en una industria, una fábrica. No como en el campo: en el invierno no tiene que trabajar metío en el barro y to'os mojados. En la ciudad no, porque la fábrica está debajito de

**Una semana  
comiendo malito  
por comprar la tele**

**Voy a morir en el campo**

techo y acá, en el verano es el sol y en el invierno es el barro: es más duro. Por eso, a mí me gustaría que las chiquillas se casaran con una persona que ya trabaje en una fábrica, que se gane la vida más aliviado. Porque en el campo seguiría la misma rutina: todos, los hijos, los nietos, metíos en el campo otra vez.

Yo no, yo ya vivo aquí y en el campo me voy a morir. Me gusta la tranquilidad y si uno no tiene donde sembrar, bueno, la vecina puede tener y vender más barato. Además la gente no es peliadora, en el campo la gente es tranquila.

### Ahora las puertas y cierros están cuidados

Lo que más molesta ahora es que antes este fundo era too abierto y era mucho mejor: si uno quería ir a buscar leña al cerro, uno llegaba y entraba no más. Pero ahora tiene que pedir permiso pa' entrar y si le dan, entra, si no, ahí se queda.

Hay un matrimonio a cargo de la puerta y a esos los tienen estrictos, que no dejen entrar pu' y eso es lo jodío. Hace como 10 años que pusieron estos cierros, todas las puertas.

Cuando no estaban esos cierros se podía criar mejor, porque uno amarraba los animales a un nogal y listo. Ahora está el cerro y tienen que estar ahí no más, no se puede pasar pa'l otro lado y ¡claro! es chiquitito el sitio y no alcanza pa' na'. Apretaos vivimos, estrechos. . .

Esta historia fue recopilada en **Fundo Lo Hermita**.  
**Recopilación:** Macarena Mack.  
**Composición:** Sonia Montecino.